ENCICLICA "MIRÆ CARITATIS" (*)

(28-V-1902)

SOBRE LA SANTISIMA EUCARISTIA

LEON PP. XIII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

41 1. **El culto del Corazón de Jesús y las obras del Papa en favor de la Eucaristía.** En cumplimiento de la santidad de Nuestro cargo hemos procurado y procuraremos, con el favor de Jesucristo, hasta el fin de Nuestra vida estudiar y seguir los singulares ejemplos de admirable caridad para la salvación de los hombres que brillan en la vida de Jesucristo. Nacidos en tiempos en extremo hostiles a la verdad y a la justicia, no hemos cesado, en cuanto ha estado de Nuestra parte, de proporcionar, enseñando, amonestando u obrando, como lo demuestra la última epístola Apostólica que os hemos dirigido, cuánto parece más a propósito, ya para evitar el contagio de multitud de errores, ya para robustecer los actos principales de la vida cristiana.

Dos cosas estrechamente unidas entre sí y de cuya consideración nos proviene fruto oportuno de consuelo en medio de tantas angustias, son dignas de recordarse en esta materia. La una, que juzgamos de feliz éxito, el culto universalísimo con que se venera en todo el mundo al augusto Corazón de Cristo Redentor; la otra el haber exhortado gravemente a todos los cristianos a consagrarse al corazón de Aquél que divinamente es *camino, verdad* y *vida* de los individuos y de las sociedades. Movidos y como impelidos ahora por la misma caridad apostólica y por la vigilancia de los tiempos que atraviesa la Iglesia, a añadir algo como perfeccionamiento a lo ya propuesto y realizado, y para recomendar aun más eficazmente la Santísima Eucaristía al pueblo cristiano, puesto que es el don divinísimo salido de lo más íntimo del Corazón del mismo Redentor *deseando con vehementísimo deseo* la singular unión con los hombres, y el hecho supremo para derramar los frutos saludables de su redención. Cierto es que aun en esta materia Nuestra autoridad y trabajo ha procurado ya algunas cosas. Gratísimo Nos es recordar como legítima confirmación a lo dicho, entre otras cosas el haber llenado de privilegios a no pocos institutos y sociedades dedicados al culto y perpetua adoración de la divina Hostia; el haber trabajado para que se celebrasen con notoria esplendidez y utilidad congresos eucarísticos; el haber designado como celestial patrono de estas y semejantes obras a PASCUAL BAYLÓN, que fue piadoso e insigne adorador del misterio eucarístico. Así pues, Venerables Hermanos, Nos es grato reunir en esta alocución algunas ideas, acerca de este misterio en cuya defensa y enseñanza constantemente se ha ocupado ya el cuidado de la Iglesia en cuya defensa conquistaron también mártires sus palmas de victoria. A este misterio dedicaron su noble emulación las lumbreras de las ciencias, de la elo- 642
cuencia y de las más variadas artes.

Por eso, quisiéramos hablaros, Venerables Hermanos, sobre algunos puntos que se refieren a este misterio, a fin de que resplandezca con mayor claridad y brillo cuál es su oculta fuerza y por qué lo debemos considerar como

(*) A. S. S. 34 (1902) 641-654. Al final se añadió un esquema de esta Encíclica como sugerencia de los puntos tratados. — *Los números marginales* corresponden a las páginas del texto original en ASS, vol. 34. (P. II.)

medio eficacísimo para socorrer las necesidades de nuestros tiempos.

En verdad, pues, Cristo Señor Nuestro al terminar el curso de esta vida mortal, bajo el exceso de su inmensa caridad para con los hombres, dejó este monumento y poderoso auxilio *para la vida del mundo*[1], por lo cual nada más feliz podemos desear Nos, próximos a partir de esta vida, que excitar en las almas y alentar en los espíritus los debidos afectos de gratitud y religión al admirable Sacramento, en el que juzgamos principalmente apoyar la esperanza y resultado de la paz y salvación tan buscadas por los cuidados y trabajos de todos.

2. **No temer a los que atacan.** No faltarán quienes se sorprendan y quizás reciban con procaz animadversión este Nuestro intento de presentar semejantes remedios para ayudar a un siglo tan perturbado y lleno de miserias. La causa de esto es principalmente la soberbia; este vicio, introducido en las almas, debilita en ellas la fe cristiana (que pide el obsequio religiosísimo de la mente) haciendo necesariamente más tétrica la oscuridad en derredor de las cosas divinas, de tal modo que a muchos sea aplicable aquello de que *blasfeman de lo que ignoran*[2]. Ahora bien; tan distante está de Nos separarnos del propósito iniciado, que es cierto, por el contrario, que con más vivo ardor insistimos en iluminar a los que están bien dispuestos, y en rogar a Dios, interponiendo las fraternales súplicas de las almas justas, perdone a los que blasfeman de las cosas santas.

3. **Presencia de Cristo en la Eucaristía.** Conocer con fe íntegra la eficacia de la Santísima Eucaristía, es lo mismo que conocer cuál sea la obra que para perfeccionar al género humano realizó el Dios hecho hombre, con su poderosa misericordia. Pues así como es propio de una fe recta profesar y reverenciar que Cristo es el sumo autor de nuestra salvación, quien restauró todas las cosas con su sabiduría, leyes, instituciones, ejemplos y sangre derramada, igualmente es justo profesar y adorar que El mismo de tal manera se halla realmente presente en la Eucaristía, que verdaderamente permanece entre los hombres hasta la consumación de los siglos, repartiéndoles como maestro y buen pastor, y aceptísimo intercesor cerca del Padre, por Sí mismo la perenne abundancia de los beneficios de la realizada redención.

4. **Beneficios que manan de la Eucaristía.** El que atenta y religiosamente considere los beneficios que promanan de la Eucaristía, entenderá ciertamente que ella excede y sobrepuja a todas las demás cosas, cualesquiera sean en que dichos beneficios se contienen; de ella 643
pues procede para los hombres la vida, que es la verdadera vida: *El pan, que yo les daré, es mi carne por la vida del mundo*[3]. No de cualquier modo, según hemos enseñado en otro lugar, Cristo es *vida;* quien para esto vino y vivió entre los hombres, para darles abundancia de vida más que humana: *He venido para que tengan vida y la tengan abundantemente*[4]. Inmediatamente pues, *que apareció en la tierra la benignidad y humanidad de nuestro Dios Salvador*[5]; nadie ignora que inmediatamente brotó cierta fuerza procreadora de un nuevo orden de cosas, la cual se infiltró en todas las venas de la sociedad doméstica y civil. De aquí nacieron nuevas obligaciones del hombre para con el hombre, nuevos derechos públicos y privados, nuevos oficios, nuevos derroteros a las instituciones, enseñanzas y artes; lo cual principalmente se tradujo en inclinar los espíritus y estudios a la verdad de la religión y la santidad de las costumbres, y de este modo se comunicó al hombre una vida celestial y divina. A esto indudablemente se refieren las frases que frecuentemente se usan en las sagradas letras: *árbol de vida, palabra de vida, libro de vida, corona de vida* y expresamente *pan de vida.*

(1) Joan. 6, 52.
(2) Carta de Judas T. vers. 10.
(3) Ioan. 6, 52.
(4) Joan. 10, 10.
(5) Tit. 3, 4.

5. **La Eucaristía alimento del alma.** Mas como quiera que ésta que llamamos vida tiene manifiesta semejanza con la vida natural del hombre, así como ésta se sostiene y robustece con el alimento, así aquélla conviene tenga también un alimento o comida que la sustente y fortalezca. Oportuno es recordar aquí en qué tiempo y forma Cristo movió y preparó los ánimos de los hombres para que recibiesen conveniente y fructuosamente el pan vivo que había de darles. Tan luego como se divulgó la fama del milagro que había realizado a orillas del mar de Tiberíades, de la multiplicación del pan para saciar a la hambrienta multitud, inmediatamente acudieron muchos por ver si acaso obtenían igual beneficio. Entonces, aprovechando la ocasión, como lo había hecho con la mujer samaritana, que del agua del pozo y de la sed la había insinuado *el agua que salta hasta la vida eterna*(6), excita a la hambrienta muchedumbre para que desee con avidez otro pan *que permanece en la vida eterna*(7). Este pan, les advierte, no es aquel maná celestial que fue tan fácil de tomar a nuestros padres durante su peregrinación por el desierto: ni el que poco ha llenos de admi-
14 ración habéis recibido de mí; sino que yo mismo soy este pan: *Yo soy el pan de vida*(8).

6. **Promesas de vida eterna.** Y de esto mismo les persuade más ampliamente invitándoles y mandándoles: *Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan, que yo daré es mi carne por la vida del mundo*(9); y les mostró la gravedad del precepto de este modo: *En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del hijo del hombre y bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros*(10). Lejos de la verdad el vulgar pernicioso error de los que sienten que el uso de la Eucaristía debe tan sólo dejarse para los que alejados de los negocios y de espíritu pusilánime pretenden vivir tranquilos en la práctica de una vida piadosa. Este es, pues, asunto al cual ningún otro supera en excelencia y saludable eficacia, y que atañe a todos sin excepción, sea el que quiera su oficio y posición de cuantos quieran y ninguno debe hacer que no quiera, fomentar en sí la vida de la divina gracia, cuyo término es la consecución de la vida bienaventurada con Dios.

7. **Llamamiento a los dirigentes.** Y ojalá sintiesen y usasen rectamente de esta vida, principalmente aquellos que por su ingenio, posición o autoridad están destinados a dirigir los negocios públicos. Mas desgraciadamente, vemos que muchos llenos de soberbia juzgan que ha sobrevenido al siglo una como nueva y próspera vida, toda vez que han procurado impulsarle con gran ardor a todo género de cosas útiles y admirables. Pero, ciertamente, doquiera que se dirija la vista, se observará que la sociedad humana, si se separa de Dios, más bien que gozar en deseada paz de las cosas, está como inquieta y temblorosa a semejanza del que se halla bajo la influencia de estado febril; sucediendo que mientras con verdadera ansia trabaja por la prosperidad, en la que únicamente confía, persigue la que se aleja y se adhiere a la que perece.

8. **La Eucaristía fuente de beneficios.** Los individuos y las sociedades tan necesariamente como reciben su origen de Dios, así no pueden en otro alguno, vivir, moverse y hacer ningún bien más que en Dios por Jesucristo de quien ha manado y mana abundantemente cuanto hay de bueno y bello. La fuente y cabeza de todos estos beneficios es principalmente la augusta Eucaristía: puesto que siendo el alimento y sustento de la vida, por cuya consecución tanto Nos afanamos, aumenta en gran manera la dignidad humana, que ahora parece ser tan importante. En efecto; ¿qué más puede desearse, que ser hechos en cuanto sea posible, participantes de la naturaleza divina? Pues esto es lo que principalmente nos da

(6) Joan. 4, 14.
(7) Joan. 6, 27.
(8) Joan. 6, 48.
(9) Joan. 6, 52.
(10) Joan. 6, 54.

645 Cristo en la Eucaristía, por la cual el hombre, con el auxilio de la gracia es elevado al consorcio de la divinidad y unido a Cristo íntimamente. Esta es la diferencia que existe entre el alimento del cuerpo y el del alma, que así como aquél se convierte a nosotros, así éste nos convierte a nosotros en él; a este propósito SAN AGUSTÍN pone en boca de Cristo estas palabras: *Tú no me transformarás en ti, como si fuese el alimento de tu cuerpo, sino que tú te transformarás en mí*(11).

9. **Incrementa la Fe.** De este excelentísimo Sacramento, en el cual aparece admirablemente cómo los hombres se unen a la divina naturaleza, reciben gran incremento todo género de virtudes sobrenaturales. En primer término la fe. Siempre ha tenido la fe sus enemigos, pues aunque eleva la humana inteligencia con el conocimiento de altísimas cosas, por lo mismo que al abrir estos superiores horizontes, oculta su esencia, parece que en esto la humilla y deprime. Antiguamente se combatía ora uno ora otro de los artículos de la fe; después se encendió mucho más la guerra, llegándose hasta el extremo de negar todo el orden sobrenatural. Ahora bien; para restablecer en los espíritus el vigor y fervor de la fe nada más a propósito que el misterio eucarístico, llamado con toda propiedad *misterio de fe;* pues, ciertamente, cuanto hay de admirable y singular en los milagros y obras sobrenaturales se contiene en este: *El Señor misericordioso hizo compendio de todas sus admirables obras, dio comida a los que le temen*(12).

10. **Continuación y extensión de la Encarnación.** Si Dios, cuanto hizo en el orden sobrenatural, lo ordenó a la encarnación del Verbo, por cuyo beneficio se restituvó la salvación al género humano, según aquello del Apóstol: *Propuso... restaurar en Cristo todas las cosas que son en el cielo y en la tierra, en él*(13); la Eucaristía en el sentir de los Padres, debe considerarse como continuación y extensión de la Encarnación. Y en verdad; por ella la sustancia del Verbo encarnado se une con cada uno de los hombres; y se renueva de un modo admirable el supremo sacrificio del Calvario; lo cual profetizó MALAQUÍAS cuando dijo: *En todo lugar se sacrifica y ofrece a mi nombre una oblación limpia*(14). A este milagro de los milagros acompañan innumerable multitud de prodigios: en él se interrumpen todas las leyes de la naturaleza; toda la sustancia de pan y vino se convierte en cuerpo y sangre de Cristo; las especies de pan y vino, se sustentan, sin sujeto, por virtud divina:
el cuerpo de Cristo está presente en 646
tantos lugares en cuantos a un mismo tiempo se hace el Sacramento. Cuanto mayor sea el obsequio de la mente hacia tan gran Sacramento, tanto más le confirman y ayudan los prodigios realizados en su honor en tiempos pasados y presentes, y de los cuales consérvanse en multitud de lugares insignes monumentos. Con este Sacramento se alimenta la fe, se nutre la mente, se desvanecen los errores del racionalismo, y se ilumina en gran manera el orden sobrenatural.

11. **Refrena las pasiones.** Pero a enervar la fe en las cosas divinas, contribuye mucho, no sólo la soberbia, como ya hemos dicho, sino también la depravación del corazón. Así se observa ordinariamente que cuanto es un sujeto más morigerado, tanto es más despierto para entender; y que los deleites corporales tornan obtusos los entendimientos, como ya lo echó de ver la prudencia de los paganos, y Nos lo avisó antes que ella la divina sabiduría(15): pero en las cosas divinas mayormente esos placeres oscurecen la luz de la fe y aun, por justo castigo de Dios, llegan hasta extinguirla por completo. Tras esos deleites córrese hoy con ardiente e insaciable anhelo; ésta es una como enfermedad contagiosa que a todos invade desde la más tierna edad. Remedio excelente contra tan

(11) Conf. I. VII, c. 10 (Migne 32, 742).
(12) Ps. 110, 4-5.
(13) Eph. 1, 9-10.
(14) Malaq. 1, 11.
(15) Sap. 1, 4.

gravísimo mal lo tenemos siempre dispuesto en la divina Eucaristía.

Porque ante todo, aumentando ella la caridad, enfrena las pasiones, según lo que ya dijo SAN AGUSTÍN: *"Lo que alimenta a la caridad, enerva a la pasión, y la extinción de la pasión es la perfección de la caridad*[16]. Además que la castísima carne de Jesús reprime la insolencia de nuestra carne, según enseñó SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA: *Cuando Cristo está en nosotros hállase adormecida la ley de la carne que brama furiosa en nuestros miembros*[17]. Otro fruto singular y amenísimo de la Eucaristía es el que fue significado en aquel profético dicho: *¿Qué es lo bueno en él (Cristo) y qué lo hermoso de él sino el trigo de los elegidos y el vino que hace germinar vírgenes?*[18]. Esto es, el firme y constante propósito de la virginidad sagrada, que aun en medio de un mundo relajado por la molicie, florece vigorosa más y más cada día en la Iglesia católica, con tanta ventaja y ornamento de la religión y aun de la misma sociedad civil, que no hay quien pueda resistir en este punto a la evidencia.

12. **Confianza en los auxilios divinos.** Agrégase a esto, que con este Sacramento la esperanza de los bienes inmortales y la confianza en los auxilios divinos maravillosamente se robustecen y confirman. Pues el deseo de la felicidad, grabado e innato en todos los hombres, se hace más agudo con los engaños patentes de los bienes terrenos, y con las injusticias de los hombres perversos y los demás trabajos del cuerpo y del alma. Empero el augusto Sacramento de la Eucaristía es causa y prenda a la vez de la divina gracia y de la gloria celestial, no ya sólo con relación al alma, sino también al cuerpo, pues él enriquece los ánimos con la abundancia de los bienes celestiales y derrama en ellos gozos dulcísimos que exceden en mucho a cuanto los hombres puedan en este punto entender ni ponderar; en las adversidades la Eucaristía sustenta; en los combates de la virtud confirma; guarda las almas para la vida eterna, y a ella conduce como viático preparado al intento.

13. **Conmemora Resurrección y Pasión.** A este cuerpo nuestro, caduco y deleznable, la Hostia divina hace que en su día resucite; porque el cuerpo inmortal de Cristo infunde en él la semilla de la inmortalidad que ha de brotar alguna vez. Uno y otro bien, el del cuerpo y el que ha de gozar el alma, la Iglesia lo ha enseñado siempre conforme a la sentencia de Cristo: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día*[19]. Con lo cual tiene conexión y es de gran momento considerar la necesidad que resulta de la misma Eucaristía, como instituida por Cristo en memoria perenne de su pasión[20], de mortificar el hombre la propia carne. Pues Jesús dijo a aquellos que fueron sus primeros sacerdotes: *Haced esto en memoria mía*[21]; esto es, hacedlo para conmemorar mis dolores, mis aflicciones, mis angustias, mi muerte en el madero de la Cruz. Por lo cual es en todo tiempo este Sacramento y sacrificio una exhortación continua a la penitencia y a soportar los mayores trabajos, y una condenación grave y severa de los placeres que algunos hombres sin pudor alaban y ponen en las nubes: *Todas las veces que comiereis de este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga*[22].

La desunión entre los hombres. Además de esto, si alguno quisiera averiguar las causas de los males que oprimen a las gentes en nuestros días, no le sería difícil ver que habiéndose enfriado la caridad para con Dios, la que debe unir a los hombres entre sí, se ha entibiado también: olvidando que son hijos de Dios y hermanos en Jesucristo, nadie cuida de otros intereses sino de los suyos; y no sólo se desatienden los ajenos, pero a menudo se hostilizan e invaden. De aquí las frecuen-

(16) De diversis quæst. 83, y. 36 (Migne 40, 25).
(17) Lib. IV, c. 2 in Joan. 6, 57 (Migne PG. 73, 58-A).
(18) Zach. 9, 17.
(19) Joan. 6, 55.
(20) S. Thom. Aquin. opus. 57: *Offic. de festo Corp. Christi.*
(21) Luc. 22, 19.
(22) I Cor. 11, 26.

tes riñas y controversias entre las diversas clases de ciudadanos: la arrogancia, la aspereza, los fraudes en los que más pueden; y en las clases ínfimas las
648 miserias, la envidia, los motines. Males son estos contra los cuales no se da medicina alguna saludable ni en las leyes con que se quiere proveer a su remedio, ni en el miedo a las penas, ni en los dictámenes de la prudencia humana.

14. **Fomenta la Caridad.** Aquello, pues, debe procurarse con empeño que ya más de una vez Nos insistentemente amonestamos, que las diferentes clases se concilien entre sí mediante la conjunción de sus respectivos deberes; la cual, emanada de Dios, produce obras que llevan en sí el propio espíritu y caridad de Jesucristo. Esta trajo Jesucristo a la tierra; en ésta quiso que ardieran todas las cosas, como que ella es la única virtud que puede dar, no sólo al alma, sino también al cuerpo, alguna dicha aun en la vida presente: porque ella reprime en el hombre el amor inmoderado de sí mismo y pone coto a la codicia, que es *la raíz de todos los males*[23]. Aunque es cosa recta sostener convenientemente la justicia entre todas las clases de ciudadanos; pero lo que importa principalmente conseguir al fin con el auxilio y la regla de la caridad es que en la sociedad humana se dé aquella igualdad a que persuadía el Apóstol SAN PABLO, queriendo que resulte *igualdad*[24]; y que después de ser hecha, se conserve. He aquí, pues, lo que quiso Jesucristo cuando instituyó este augusto Sacramento: excitando el amor de Dios, quiso fomentar el mutuo amor entre los hombres.

Porque este amor emana por su naturaleza de aquél, y espontáneamente se difunde, y no podrá en ninguna parte dejar de ningún modo cosa alguna que desear; antes será necesariamente más ardiente y vigoroso si se considera cuán grande es el amor de Cristo a los hombres en este Sacramento, en el cual si por una parte desplegó con singular magnificencia su infinita potencia y sabiduría, por otra hubo de *derramar las riquezas de su divino amor a los hombres*[25].

A vista de este ejemplo de Cristo, que así nos da todas las cosas, ¡oh cuánto debemos nosotros amarnos y socorrernos unos a otros, unidos más y más cada día con vínculos indisolubles de caridad fraternal! Y es muy de notar que hasta las señales exteriores de este Sacramento convidan oportunísimamente a esta unión.

15. **Unión fraterna.** A este propósito, SAN CIPRIANO: *"Finalmente; aun el mismo sacrificio del Señor declara la unanimidad cristiana unida con él con firme e inseparable caridad. Porque cuando el Señor llama «su cuerpo» al pan hecho con la unión de muchos granos, quiere decir que Nuestro pueblo conducido por él es un cuerpo cuyos miembros están unidos; y cuando llama «su sangre» al vino sacado de muchos racimos y granos exprimidos, y hecho una sustancia indivisa, da asimismo a entender que Nuestra grey está formada* de *una multitud de hombres reducidos a unidad"*[26].

Así habla también el Doctor Angé- 649
lico siguiendo a SAN AGUSTÍN[27]: *Nuestro Señor nos dejó representados su cuerpo y su sangre en aquellas cosas que más se juntan en uno; porque una de ellas, que es el pan, es un todo formado de muchos granos; y la otra que es la sangre, es un todo compuesto de muchos racimos;* y por esto SAN AGUSTÍN dice en otro lugar: *¡Oh Sacramento de piedad, oh señal de unidad, oh vínculo de caridad!*[28]. Todo lo cual fue confirmado con la sentencia del Concilio Tridentino, el cual enseña haber Cristo dejado a la Iglesia la Eucaristía *como símbolo de aquella unidad y caridad con que quiso que los cristianos fuesen conjuntos y unidos entre sí... símbolo de aquel cuerpo verdaderamente uno del cual es El mismo la Cabeza, y al cual quiso que nosotros, como miembros, estuviésemos unidos con estrechísimo vínculo de fe, de esperanza y de caridad*[29].

(23) I Tim. 6, 10.
(24) II Cor. 8, 14.
(25) Conc. Trid. sess. 13, *de Euchar.* c. 2.
(26) Ep. 69, ad Magnum, n. 5 (Migne 3, 1189).
(27) Tract. 26, in Joan. n. 13, 17 (Migne 35, 1614).
(28) *Summa theol.* 3 p. q. 79, a. 1.
(29) Sess. 13, *De Euchar.* c. 2. (Denz. 875).

Ya SAN PABLO lo había dicho: *Porque el pan es uno; somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan*[30].

16. **Comunión de los Santos.** Y a la verdad, no deja de ser una bellísima y muy gozosa manifestación de fraternidad e igualdad social la que se ofrece cuando ante unos mismos sagrados altares acuden y se postran el noble y el plebeyo, el rico y el pobre, el docto y el ignorante, participando igualmente del mismo celestial banquete. Y si en los fastos de la Iglesia naciente se refiere en alabanza de ella, que toda la multitud de los fieles tenía *un mismo corazón y una misma alma*[31], no hay duda sino que este bien tan grande se lo debían a la presencia de la devoción eucarística, puesto que de ellos leemos: *Y perseveraban todos en oír las instrucciones de los Apóstoles y en la comunión de la fracción del pan o* Eucaristía *y en la oración*[32]. Además, la gracia de la mutua caridad entre los vivos, que tanta fuerza e incremento recibe del Sacramento eucarístico, en virtud especialmente del sacrificio, es participada de todos aquellos que están en la *Comunión de los Santos.* Porque, como todos saben, la Comunión de los Santos no es otra cosa sino una recíproca participación de auxilio, de expiación, de oraciones, de beneficios entre los fieles que están, o gozando las alegrías del triunfo en la patria celestial, o sufriendo las penas del purgatorio, o peregrinando todavía en la tierra; de todos los cuales resulta una sola ciudad, cuya cabeza es Jesucristo y cuya forma es la caridad.

17. **Origen de toda fuerza.** Sabemos también por la fe, que si bien el augusto sacrificio no puede ofrecerse sino
650 sólo a Dios, pero sí puede celebrarse en honor de los Santos que reinan en el cielo con Dios, *que los ha coronado,* para obtener su patrocinio, aun como lo tenemos por tradición apostólica, para quitar las manchas de aquellos hermanos que habiendo muerto en el Señor no están todavía enteramente purificados. Así, aquella sincera caridad que por la salud y ventaja de todos suele obrar y padecer, se lanza, abrasada en fuego vivo y activo, desde la Santísima Eucaristía, donde está y vive el mismo Cristo, y donde quita el freno al amor que nos tiene, y movido por un ímpetu de caridad divina, renueva perpetuamente su sacrificio.

Así se ve fácilmente de dónde hayan tomado su origen los arduos trabajos y fatigas de los hombres apostólicos, y de dónde tantos y tan varios Institutos de beneficencia han sacado, junto con su origen, la fuerza, la constancia y el feliz éxito de sus obras.

18. **Centro de la vida Cristiana.** Estas pocas ideas en materia tan vasta no dudamos que darán de sí eximios frutos en la grey cristiana, si por efecto de vuestra solicitud, oh Venerables Hermanos, son oportunamente explicadas y recomendadas. Aunque Sacramento tan grande como es éste, y tan universalmente eficaz, nunca podrá ser por nadie loado ni venerado tanto como merece. Porque ora se medite sobre él, ora sea devotamente adorado, ora pura y santamente se reciba, siempre debe ser mirado como centro en que toda la vida cristiana se resume; los otros modos de piedad, cualesquiera que ellos sean, todos conducen a éste y en éste vienen a parar. Y aquella benigna invitación y aun más benigna promesa de Cristo: *Venid a mí todos los que andáis agobiados, con trabajos y cargas, que yo os aliviaré*[33] se verifica principalmente con este misterio y se cumple en él todos los días. El es también como el alma de la Iglesia, y a El se endereza por los diversos grados de las órdenes la misma amplitud de la gracia sacerdotal.

19. **Fuerza de la Iglesia.** De él saca y tiene la Iglesia toda su virtud y su gloria, todos los ornamentos de los divinos carismas, todos los bienes, en fin, por esto la misma Iglesia pone

(30) I Cor. 10, 17.
(31) Act. 4, 42.
(32) Act. 2, 42.
(33) Matth. 11, 28.

todo su cuidado en preparar y conducir las almas de los fieles a una unión sublime con Cristo, mediante el Sacramento de su cuerpo y de su sangre, y por esto mismo, con el ornamento de ceremonias santísimas, aumenta la veneración que se le debe. La perpetua providencia de la Santa Madre la Iglesia, sobre este punto, resplandece principalmente en aquella exhortación que hizo el Concilio de Trento, y que por exhalar una caridad y piedad tan admi-
651 rables, merece que la presentemos íntegra al pueblo cristiano: *Con paternal afecto amonesta el Santo Concilio, y exhorta, ruega y conjura que todos y cada uno de los que pertenecen a la profesión cristiana en este signo de unidad, en este vínculo de caridad, en este símbolo de concordia, acaben todos alguna vez por unirse y tener un mismo corazón; y acordándose de tan grande majestad y del amor tan eximio de Jesucristo Señor Nuestro, que dio su alma querida en precio de nuestra salvación; y su carne nos la dio para que la comiésemos, con tanta constancia y firmeza de fe, con tanta devoción y piedad y culto de corazón, crean y adoren estos sagrados misterios de su cuerpo y de su sangre, que puedan frecuentemente recibir aquel pan sobresustancial, y que éste sea verdaderamente para ellos vida del alma y perpetua salud de la mente; por la virtud del cual fortalecidos, puedan llegar por la senda de esta miserable peregrinación a la patria celestial, donde comerán sin velo alguno este mismo pan de los ángeles que ahora bajo velo reciben*[34].

20. **Ventajas de la frecuencia de la Comunión.** La historia, finalmente, testifica que la vida cristiana entonces floreció con más pujanza cuando más estuvo en uso acercarse frecuentemente los fieles a este divino Sacramento. Por el contrario, es cosa manifiesta, que cuando este pan del cielo fue tenido por los hombres en olvido y como por objeto de tedio, poco a poco iba languideciendo el vigor de la profesión cristiana. Precisamente porque este vigor no se extinguiese, en el Concilio Lateranense ordenó gravísimamente INOCENCIO III, que todo fiel cristiano estuviese obligado a comulgar por lo menos una vez por Pascua florida. Claro es que este decreto fue dado a disgusto y como remedio extremo; porque el deseo de la Iglesia fue siempre éste; que en cada misa hubiese algunos fieles que participasen de esta divina mesa. *"Desea el sacrosanto Sínodo que en cada una de las misas comulguen los fieles que asistan a ellas: no sólo espiritualmente, sino recibiendo sacramentalmente la Eucaristía, porque así puedan recibir con más abundancia el fruto de este santísimo sacrificio"*[35].

Y a la verdad, abundancia riquísima de salud, no sólo para cada uno en particular, sino para los hombres todos, contiene en sí este augustísimo misterio en razón de ser sacrificio; y por esta razón la Iglesia acostumbra a ofrecerlo diariamente *por la salud de todo el mundo.* Así, conviene que a la mayor amplitud de la devoción y culto de este sacrificio, todos los buenos con- 652
sagren su común empeño, que en nuestros días es sobremanera importante. Queremos, pues, que las múltiples virtudes de este culto sean conocidas en más extensa esfera y consideradas con más profunda reflexión.

21. **Reverencia que se debe a Dios.** Los principios son clarísimos ante la sola luz natural de la razón, que Dios criador y conservador tiene un dominio supremo y absoluto sobre los hombres, así en la vida privada de ellos como en la pública; que todo lo que somos y todo el bien que tenemos, pública y privadamente, nos viene de la bondad divina, y por consiguiente, que debemos suma reverencia a Dios, como Señor, e inmensa gratitud como munificentísimo bienhechor. Pero estos deberes, ¿cuántos son hoy los que los aprecian y observan cómo y cuánto es debido? Si hubo jamás alguna edad que mostrase al mundo el espíritu de rebelión contra Dios, ésa es precisamente la nuestra, en la cual se oye de nuevo contra Jesucristo aquella palabra impía: *No queremos que éste reine sobre*

(34) Sess. 13, *De Euchar.* c. 8. (Denz. 882).

(35) Conc. Trid. sess. 22, c. 6. Denz. 944).

nosotros[36], y aquel intento nefando: *Exterminémoslo*[37]; ni hay cosa que con mayor empeño procuren muchos, sino que Dios sea lanzado de la sociedad civil y aun de todo humano consorcio.

Pues aunque no todos llegan a tamaño exceso de criminal locura, empero, es de lamentar que sean tantos los que viven enteramente olvidados de la Divina Majestad y de sus beneficios, especialmente de la salud que nos ha traído Jesucristo. Ahora bien, esta grandísima maldad o abandono si así quiere llamarse, necesario es que sea reparado con un aumento de fervor de la piedad en el culto del sacrificio eucarístico; ninguna otra cosa puede haber que honre más a Dios que este culto y devoción, ni que le sea más grato. Porque la Hostia que se inmola en los altares es divina, y así, tanto es el honor que por ella se da a la augusta Trinidad, cuanto se debe a su inmensa dignidad; ofrecemos también al Padre un don, cuyo valor y suavidad son infinitos, a saber, su mismo Unigénito; y de allí que no solamente demos gracias a su bondad sino que nos entreguemos totalmente a El.

22. **Alcanzar clemencia.** Otro nuevo e insigne fruto se puede y se debe por consiguiente sacar de tan grande sacrificio. Oprímese el pecho cuando se considera cuán grande es el lodazal de pecados, que reinando la indevoción y la impiedad, han inundado al mundo. Gran parte del género humano parece querer que venga sobre su cabeza la ira celestial; aunque si bien se mira, los males que pesan sobre nosotros, muestran a las claras que el justo castigo ha madurado ya. Urge pues excitar asimismo a los fieles a que contiendan unos con otros en santa emulación en aplacar al justo divino Juez y en implorar los auxilios oportunos para este siglo tan fecundo en calamidades. Pues estas cosas, entiéndase esto bien, por medio de tan grande sacrificio se han de procurar principalmente; ya que satisfacer abundantemente a la justicia

(36) Luc. 19, 14.

de Dios e impetrar con largueza los 653
dones de su clemencia, de ninguna otra manera pueden los hombres hacerlo sino en virtud de la muerte sufrida por Jesucristo.

Pero esta misma virtud de expiar y de impetrar quiso Cristo que permaneciese totalmente en la Eucaristía, la cual no se reduce a una simple memoria, desnuda y vacía, sino es una memoria verdadera y admirable, aunque mística e incruenta, de su muerte.

23. **La Eucaristía como reparación.** Por lo demás, no poco Nos alegra, con gusto lo decimos, que en estos últimos años se venga notando en los fieles como cierto despertar del amor y del obsequio para con el Sacramento eucarístico; lo cual Nos anuncia y Nos hace esperar tiempos y cosas mejores.

Muchos y variados ejercicios de esta clase, como en un principio dijimos, han sido introducidos por la piedad diligente, especialmente las cofradías, ya para aumentar el esplendor del culto eucarístico, ya para la adoración perpetua del augustísimo Sacramento, ya para reparar las injurias y contumelias de que es objeto.

Pero en estas cosas, Venerables Hermanos, no está bien que nos detengamos ni Nos, ni vosotros; que muchas otras están todavía por promover o emprender para que este divinísimo don de los dones, entre aquellos mismos fieles que cumplen los deberes de la religión cristiana, sea puesto en la luz y el honor que merece, y un misterio tan grande sea venerado cuan dignamente sea posible.

24. **Asociaciones eucarísticas.** Así las obras que prosiguen su camino deberán guiarse de suerte que adelanten en él más aún; las antiguas instituciones, si en alguna parte cayeron en desuso, deben tornar a su antiguo vigor, tales como las Asociaciones Eucarísticas, las oraciones solemnes, las visitas al divino Tabernáculo y otras prácticas a este tenor, santas y sobremanera saludables; y además se ha de emprender todo aquello que la prudencia y la piedad sugieran con ese intento.

(37) Jer. 11, 19.

Comunión frecuente. Pero es sobre todas las cosas necesario que vuelva a florecer en todas y cada una de las partes del mundo católico la frecuencia a la mesa eucarística. Así nos lo enseñan los ejemplos, antes referidos, de la Iglesia naciente; así la autoridad de los Padres y de los Santos de todos los tiempos; porque así como el cuerpo, el alma necesita a menudo de su propio alimento, y su alimento más vital es precisamente aquel de que nos provee el Sacramento Eucarístico. Por esta razón es una verdadera necesidad el desterrar ciertas preocupaciones de los enemigos, ciertos pretextos para abstenerse de él; se trata de una cosa más ventajosa que ninguna otra para los fieles, ya para redimir el tiempo gastado en cuidados excesivamente terrenos, ya para reanimar el espíritu cristiano y mantenerlo constantemente vivo.

25. **Los Sacerdotes deben promover el amor a la Eucaristía.** Para esto ayudarán todas las exhortaciones y los ejemplos de las clases más conspicuas, y sobre todo el celo y las industrias del clero. Los Sacerdotes a quienes Cristo
654 Redentor dio el oficio de celebrar y dispensar los misterios de su Cuerpo y de su Sangre, no pueden de ningún otro modo mejor responder al sumo honor por ellos recibido, que promoviendo con la mayor diligencia la gloria eucarística del mismo Jesucristo, e invitando y guiando, conforme a los deseos de su sacratísimo Corazón, a todas las almas a las fuentes saludables de tan insigne Sacramento, de tan sublime sacrificio.

Así resultará lo que a par del alma deseamos, que los excelentes frutos de la Eucaristía siempre sean percibidos con mayor abundancia, mediante el feliz progreso de la fe, de la esperanza, de la caridad, de todas las virtudes cristianas; lo cual redundará también en salud y ventaja de la república, y siempre se descubrirán más y más los consejos de la caridad prudentísima del Señor, que tal misterio perpetuo instituyó *para la vida del mundo*.

Con esta esperanza, Venerables Hermanos, en prenda de los divinos dones y en testimonio de Nuestra caridad, a todos vosotros, al Clero y al pueblo damos la Apostólica Bendición.

En Roma, junto a San Pedro, 28 de mayo, vigilia del *Corpus Domini* año 1902, de Nuestro Pontificado año vigésimoquinto.

LEON PAPA XIII.

Disposición

INTRODUCCION:

Renovación de la vida cristiana y del culto eucarístico (1)

I. La Eucaristía es fuente de la vida sobrenatural

1. Gratitud y contradicción (1-2)
2. La eucaristía en la fe cristiana (3)
3. La vida sobrenatural y la Eucaristía (4-6)
4. Muerte sin Dios — El Pan de vida (7-8)

II. La Eucaristía fuente de las virtudes cristianas

2. Fortalece la esperanza y da valor en los sufrimientos (12-13)
3. Inflama la caridad (a Dios - el prójimo - comunión de los santos) (13-16)

III. La Eucaristía origen de toda fuerza en la Iglesia

1. Cristo en el tabernáculo — centro de toda devoción y alma de la Iglesia (17-20)
2. Cristo en el sacrificio de la Misa (20-22)

EPILOGO:

Florecimiento del amor eucarístico y medios para fomentarlo (23-25)